

FJ-47-15

PUBLICACIONES DE LA JUNTA MUNICIPAL DE  
ARQUEOLOGÍA Y DEL MUSEO DE CARTAGENA

CRÓNICA  
DEL  
IV CONGRESO ARQUEOLÓGICO  
DEL  
SUDESTE ESPAÑOL

—  
ELCHE 1948

Tirada aparte de

*Dr. J. Maluquer de Motes*

EL MARCO CULTURAL DEL SIGLO IV ANTES DE J. C.  
ANTECEDENTE NECESARIO AL ESTUDIO DEL  
PROBLEMA IBERICO EN CATALUÑA

CARTAGENA  
Papelería Española  
Mayor 44  
1949





EL MARCO CULTURAL DEL SIGLO IV ANTES DE J. C.  
ANTECEDENTE NECESARIO AL ESTUDIO DEL  
PROBLEMA IBERICO EN CATALUÑA

*por el Dr. J. Maluquer de Motes*  
Profesor de la Universidad de Barcelona

Cada día se efectúan en Cataluña nuevos hallazgos que vienen a enriquecer el número ya ciertamente notable de localidades en las que aparecen los elementos hallstáticos. Al hallazgo de necrópolis como la descubierta por A. Panyella en Pallejá (Barcelona), se junta la individualización de cerámicas con las típicas decoraciones o influencias de ellas, en todas las cuevas de habitación y en varias de las utilizadas con fines sepulcrales. Esta gran afluencia de elementos que podríamos llamar europeos en nuestra región, sugiere problemas que en modo alguno podemos considerar como definitivamente resueltos pero que es preciso planteárnoslos con la utilización de hipótesis de trabajo que deberán ser ratificadas o rectificadas a medida que el caudal de nuestras observaciones se enriquezca. Ante todo, el problema que se nos planteará con toda crudeza es el conocer el paso de estas culturas francamente europeas de la primera edad del Hierro las poblaciones protohistóricas de nombre conocido que fortificaron los cerros y llenaron de poblados «ibéricos», las cuatro provincias catalanas.

La densidad, riqueza y variedad de materiales de la primera edad del Hierro catalán hace presumir la gran complejidad del fenómeno que se designa con el nombre en parte convencional de invasión céltica. En ella tratamos de individualizar dos elementos étnicos distintos que denominábamos grupo de Tarrassa y grupo de Agullana, de estas conocidas necrópolis a falta de un

nombre más preciso y adecuado con que designarles (1); elementos, ambos, que considerábamos procedentes de una verdadera infiltración de poblaciones procedentes de otro lado del Pirineo. Estos dos elementos, llamémosles pueblos o tribus para mayor claridad, creemos que no son los únicos que con el tiempo podrán individualizarse pues plantean a su vez problemas complejos en particular el grupo de Agullana, pero cada día vemos más clara e importante la diferenciación entre ambos, que en un tiempo habían sido considerados como meros estadios evolutivos (2), a pesar de que responden en esencia a variaciones de un mismo fondo cultural

La multiplicación de los hallazgos sobre todo en cuevas de habitación o sea en yacimientos poco puros, plantea la necesidad de valorar convenientemente el elemento anterior que no llamamos indígena puesto que difícilmente llegaríamos a ponernos de acuerdo sobre la exacta valoración de esta palabra.

La llegada de poblaciones europeas durante la primera edad del Hierro lo aceptamos hoy como un postulado indiscutible, pero estas poblaciones ciertamente no hallarían una Cataluña vacía sino habitada y según todos los indicios, densamente habitada. Ahora bien, ¿qué población hallaron los primeros invasores de los campos de urnas en nuestra región? ¿Hallaron una población uniforme o mezclada?

También sobre este punto hemos insistido con anterioridad (3) y parece que podemos responder a esta cuestión con algunas posibilidades. Durante el segundo milenio, la distribución de la cultura megalítica catalana, afortunadamente bien estudiada (4), en un área constante, limitada a lo que podríamos llamar la Cataluña Vieja con expresión medieval o sea al norte de una línea que sensiblemente uniría la sierra del Montsech con los macizos de Montserrat y de Garraf, nos indica la existencia por lo menos de dos zonas culturales con diverso ritual funerario y utillaje lo que lógicamente es indicio de dualidad de poblaciones.

Vemos hoy el fenómeno megalítico pirenaico como una inclusión de cultura y elementos forasteros sobre una gran unidad cultural de tipo neolítico levantino (en su más amplio sentido), no

limitada a nuestras tierras y al parecer de gran antigüedad. La difusión de ciertos elementos como la cerámica cardial y diversas técnicas de la industria del hueso marcan una unidad neolítica muy antigua en torno al Mediterráneo occidental, unidad no exenta de variedades locales como es lógico suponer dada la adaptabilidad humana. Esta unidad continuaría enriqueciéndose con nuevas aportaciones viviendo muchas de estas poblaciones en un medio económico realmente neolítico mientras en zonas privilegiadas florecerían culturas con avanzada técnica metalúrgica.

Naturalmente esta hipótesis de la unidad neolítica del mediterráneo occidental está sujeta a caución por el hecho insólito hoy día de que no conozcamos en Cataluña ni un solo lugar de habitación neolítica que ofrezca una estratigrafía, no ya segura, ni tan sólo aceptable (5) hecho que únicamente podemos atribuir a carencia de suficiente investigación y quizá a una excesiva afición excavadora que ha destruído magníficas posibilidades. De todos modos, con los datos hoy utilizables, que proceden en su mayoría de yacimientos sepulcrales, dicha unidad puede aceptarse sin graves inconvenientes. De este modo tendríamos que los progresos de la metalurgia aparecerán lentamente en un marco invariable más como intercambios comerciales que como producto de una invasión de elementos forasteros. La explotación de los filones locales de mineral es un hecho indudablemente tardío de la plena edad del Bronce, por lo que puede deducirse de los únicos hallazgos estudiados procedentes de Riner (6), carácter tardío que ha sido denunciado con sólidos argumentos por M. Almagro (7).

Así pues, en este círculo de tipo mediterráneo, en el que se han marcado repetidamente etapas que no por prematuras dejaran de existir (8), el primer elemento que quiebra dicha unidad es la aportación megalítica y no precisamente en el área total sino que se concreta en las estribaciones orientales del Pirineo en particular en su vertiente septentrional y constituye un foco cultural nuevo que irradia en las tres direcciones norte, oeste y sur correspondiendo esta última a la región catalana.

La cultura megalítica del Pirineo llama enseguida la atención por lo reducido de su área, en particular la de sus etapas anti-

guas que justifica plenamente el nombre que con acertada visión le dió L. Pericot (9). Esta cultura «pirenaica» divide en dos partes la unidad anterior pero al parecer no impide la continuidad de los intercambios culturales entre ambas partes pues vemos que es precisamente este momento inicial de la cultura pirenaica cuando aparece el vaso campaniforme en la región y lo hallaremos por igual al norte y al sur el Pirineo y en la misma cultura pirenaica. Vemos pues que el vaso campaniforme se propaga a través del área propia de la cultura pirenaica. Ahora bien no creemos viable la hipótesis de considerar el vaso campaniforme como patrimonio de un determinado pueblo y sus hallazgos restos de un posible camino de expansión (10) ni mucho menos como instrumento típico de una raza de guerreros hispanos que conquistaría más de media Europa como hemos oído recientemente (11); la pluralidad de ambientes en que aparece el Vaso campaniforme, la gran variabilidad local y sus numerosas imitaciones aún no bien estudiadas, nos inclina a aceptarlo a lo sumo como un indicio no por cierto único de un intenso comercio favorecido por una corriente o moda sepulcral que le sería propicio, en Cataluña por lo menos. En nuestro caso resulta difícil decidirse a precisar si la propagación del vaso campaniforme de España a Francia se efectúa por mediación de la población megalítica o si esta lo adopta simplemente y no impide la continuación de un comercio antiguo entre ambas regiones. Si en realidad el pueblo pirenaico es un pueblo de pastores como parece desprenderse de su propia área de expansión, sujeto como estaría a las leyes de la trashumancia y al carácter semi nómada que la caracteriza, no sería difícil aceptarlo como trasmisor de elementos y considerarlo con éllo el verdadero autor de la propagación del vaso campaniforme, pero aparte de que carecemos de una verdadera prueba en tal sentido, la idea no acaba de convencernos.

El hecho indiscutible es la coexistencia en el N. E. de la Península de dos civilizaciones netamente diferenciadas en un momento que en líneas generales podría fecharse a comienzos del segundo milenio. habida cuenta del evidente paralelismo que existe y ha sido aceptado por L. Pericot entre algunos sepulcros

megalíticos ampurdaneses y el poblado y necrópolis de Los Mil-lares (12); la mayor antigüedad del núcleo megalítico ampurda-nés con respecto a los restantes catalanes la hemos intentado esta-blecer recientemente (13).

La cultura megalítica pirenaica tiene un largo desarrollo y llena la mayor parte sino toda la edad del Bronce, pero no per-manece inalterable a través de este largo período. Después de una etapa muy pura que coincide plenamente con la época del vaso campaniforme hasta en sus formas más evolucionadas, el bronce, antes ausente, empieza a aparecer, al principio con harta modestia pero luego bien representado y junto con él una serie de ele-mentos como cerámicas norte italianas, ámbar, etc. que nos mar-can el comienzo de una etapa de influencia europea sobre el mar-co pirenaico, influencia que irá en aumento hasta cambiar radical-mente dicho marco cultural (14). Dado el estado actual de la investigación resulta difícil precisar si se trata ahora de la llega-da de elementos étnicos nuevos o de una simple influencia cultu-ral, verdadera reacción comercial en sentido inverso a la ejercida por el vaso campaniforme. Si se considerara un solo elemento como por ejemplo la cerámica indicio de un movimiento de pue-blos fácilmente llegaríamos a suponer una verdadera invasión de nuevos pueblos pero ello, que en cierto tiempo nos había seducido, nos parece hoy un poco difícil de aceptar pues nos llevaría a creer en una amplísima invasión de elementos italianos cuyo ca-mino no podemos seguir bien a través del arco occidental mediterráneo y que es más difícil aún relacionar con las inhumaciones dolménicas dada la total carencia de éstos en regiones intermedias. Nos inclinamos por lo tanto a considerar esta cerámica, que se caracteriza por las típicas asas de apéndice como un mero présta-mo cultural, producto de un comercio de gran amplitud entre la península italiana y nuestras tierras, ejercido por vía terrestre.

Esta vía comercial puede explicarnos algunos hechos nota-bles como la llegada a Serriñá de un vaso exciso típico de la cul-tura apenínica de la edad del Bronce del centro de Italia (15) o de otros vasos análogos que se hallaron en la cueva de Saint Vere-dème y que se hallan en el Museo de Nimes (16). Las relaciones

con el norte e Italia son pues intensas y perduraron por lo menos hasta la llegada de los primeros invasores de los campos de urnas, los que hemos llamado grupo de Tarrassa y ni siquiera se interrumpieron con éstos, constituyendo estas cerámicas uno de los primeros vestigios de la legendaria Vía Heraclea que contorneaba el arco mediterráneo.

Esta influencia cultural que se ejerce en sentido norte sur en un momento avanzado de la edad del Bronce, no se limita al área de la cultura megalítica en la Cataluña Vieja sino que se ajerce más hacia el sur, por lo menos hasta la provincia de Tarragona (cueva Josefina de Escornalbou) y hacia el S. O. o sea hacia los territorios aragoneses (Sena) pues dicha influencia puede seguirse a través de la distribución de la referida cerámica con asas de apéndice (17). En realidad estas influencias no llegan a borrar la dualidad cultural de Cataluña por lo que vemos en la mitad meridional continuar la tradición levantina con elementos que muchas veces han sido considerados argáricos porque presentan cierto parentesco formal, pero que evidentemente no pueden filiarse a aquella cultura siendo ambos productos hermanos fruto de un mismo substrato levantino que se desarrollan en diversos ambientes geo-económicos, pero de todos modos las influencias europeas son mucho más intensas en la región norteña dentro del área más típica de los megalitos.

Así pues en realidad, al producirse las primeras invasiones de los campos de urnas hallan en Cataluña una dualidad de poblaciones dentro de una cierta unidad cultural producida por los múltiples intercambios y la larga persistencia en el país. Es este un hecho de gran trascendencia y que será preciso tener presente al tratar de valorar las aportaciones hallstáticas.

La cultura catalana de la edad del Hierro es consecuencia de las invasiones llamadas célticas, quizá no con absoluta propiedad. En ellas hemos distinguido dos elementos claramente diferenciados, uno, el constituido por el grupo de Tarrassa, representa una oleada de los *Urnenfelder* europeos que al final de la edad del Bronce inician su gran expansión y llegan a Cataluña en una etapa ya tardía probablemente paralela al Hallstatt C occidental

aunque se observan en ellos elementos más arcaicos como ciertas formas de su cerámica que caen dentro del marco conocido tradicionalmente como Hallstatt B y que últimamente se consideran por Hawkes como características del Hallstatt C (18). De esta invasión, cuyo hallazgo tipo continúa siendo la necrópolis de Can Missert de Tarrassa (Barcelona), se hallan restos en amplias zonas de Cataluña en especial las zonas llanas aptas para el desarrollo de una agricultura intensa como las comarcas de la Maresma, Vallés, ciertas partes del Llano de Urgel, etc. zonas en la que estos elementos se superponen a aquellas poblaciones de arraigada tradición levantina a que nos hemos referido. La cultura aportada por estos *urnenfelder* es muy pura y totalmente distinta a todo lo anterior. Destaca en primer lugar el ritual de la incineración, documentado ahora por vez primera en Cataluña y el uso de urnas cinerarias depositadas directamente en el subsuelo sin protección alguna. Este nuevo ritual de la incineración, por su influencia toma carta de naturaleza y adoptado por todas las poblaciones de Cataluña, salvo raras excepciones (19), ya no se abandonará hasta la avanzada romanización en que debido a otros factores aparecerá de nuevo la pluralidad de ritos.

De los lugares ocupados por estos *urnenfelder*, deducíamos su economía preferentemente agrícola, lo que está también de acuerdo con el marcado carácter centro europeo de sus cerámicas. Ahora bien estos grupos invasores no parecen, a juzgar por sus necrópolis, haber sido muy numerosos y no representan por lo tanto la llegada de grandes masas étnicas capaces de cambiar substancialmente la raza del país, sino grupos que serían fácilmente asimilados por la población anterior, muy densa, de estas mismas zonas. A pesar de ello su influencia irradió muy lejos y algunos de sus técnicas arraigan profundamente, como su cerámica y más aún su sistema decorativo a base de acanalados que a partir de este momento empieza a aparecer con gran profusión entre las poblaciones que continuaban habitando en las cuevas de la zona de contacto entre la montaña y la llanura. Un solo ejemplo dará idea de este fenómeno, la cueva de Can Montmany de Pallejá (20) situada no lejos de la última necrópolis de urnen-

felder descubierta y en la que tras numerosos materiales de larga tradición eneolítica aparece muy abundante la cerámica con decoración de acanalados de clara influencia de las urnas. Así pues, aunque la total valoración de este extremo no puede aún efectuarse, nos inclinariamos a creer que la influencia étnica ejercida por el grupo invasor de Tarrassa no fué muy intensa y que no debe considerarse más que como un leve mestizaje.

Mas importante vemos la influencia del grupo de Agullana que representa la entrada de grandes contingentes que ocuparán los lugares montañosos aptos para una economía preferentemente ganadera y traen consigo la cultura hallstättica normal con los tipos de bronces característicos y el pleno uso del hierro. La entrada de estos elementos es posterior a la de los verdaderos *urnenfelder* del grupo de Tarrassa y su origen es también diverso pues sus cerámicas y bronces con numerosos elementos de tradición palafítica nos conducen a las regiones del S. O. de Suiza y del N. O. de Italia.

En Cataluña este grupo ocupa primeramente la parte oriental de la antigua área pirenaica (única bien documentada) donde desarrolla su cultura Hallstättica de tipo C - D más bien pobre, que sufre una evolución paralela a la que se realiza entre grupos análogos del norte del Pirineo hacia la región del S. O. francés y que llevará en ciertas partes a la formación de la cultura llamada posthallstättica, que tan gran desarrollo había de alcanzar en otras regiones peninsulares. La mayor parte de los elementos que caracterizarán a esta cultura posthallstättica se hallan virtualmente en las fases más avanzadas de los invasores del grupo de Agullana, incluso en aquellas localidades como la necrópolis escogida como tipo, que se hallan situadas en plena zona pirenaica. Ahora bien, esta nueva cultura se extiende por toda Cataluña siguiendo la línea de alturas intermedias hasta alcanzar por lo menos las zonas montañosas de la orilla izquierda del Ebro (necrópolis y poblado de Molá) (21).

En el estudio de estas etapas de la edad del Hierro en Cataluña, existe un gran vacío que corresponde al rincón montañoso del N. O. desde la cuenca alta y media del río Segre a la de sus

afluentes. Algunos hallazgos de bronces como el depósito de Cabó en Orgañá (22) los famosos brazaletes de San Aleix en el alto Flamisell (23) o los hallados recientemente en Abella de la Conca (24) nos inclinan a creer en una penetración hallstättica que seguiría el camino natural del Segre y sus afluentes y que no deja adivinar aún su carácter aunque parece en todo caso más relacionado con el grupo Agullana que con los urnenfelder de Tarrassa. Es posible que con el tiempo pueda conocerse la existencia de otro grupo invasor con características parecidas a las que delatan los túmulos de esta misma época hallados en la zona del Garona (25) Recuérdese que algunos tipos de túmulos de la región aragonesa parecen postular un origen catalán inmediato, que no ha sido hallado y que estas regiones están enlazadas geográficamente con el camino natural representado por el Segre. Pero en el estado actual de nuestros conocimientos nada podemos decir sobre todo ello.

#### *La Cronología de estas Invasiones.*

El problema que tiene mayor interés en relación a la cuestión ibérica es el precisar con toda exactitud la cronología de estas invasiones europeas en Cataluña. Del estudio concreto de su cultura intrínseca, tipología y paralelismos, habíamos llegado a la conclusión de que estas invasiones se habían realizado en unas fechas algo más bajas de las aceptadas tradicionalmente (26), que coinciden substancialmente con la visión de las grandes emigraciones célticas por toda la península de M. Almagro (27). Para el grupo de urnenfelder de Tarrassa aceptábamos una etapa antigua que empezaría aún en el siglo VIII pero que se desarrollaría con preferencia ya, en el siglo VII y una etapa posterior de pervivencia y casi de absorción por los elementos anteriores que perduraría hasta el siglo V. En el grupo de Agullana habíamos concretado más aún, estableciendo tres etapas, una primera cuyo comienzo no nos atrevíamos a fechar, otra correspondiendo en gran parte al siglo VI y una tercera del siglo V-IV o sea que en líneas generales alcanzábamos la fecha de siglo IV para la plena vivienda de las culturas hallstätticas en Cataluña.

En la actualidad estas fechas bajas vienen corroboradas por el análisis de la cuestión partiendo de otros puntos de vista. En primer lugar tenemos en el sur de Francia, en Languissel, la asociación de cerámicas típicas de la fase I-II de la necrópolis de Agullana con las especies de cerámicas grises decoradas, tenidas por focneas por Jacobsthal y fechables a principios del siglo VI (28) lo que coincide en general con nuestras propias conclusiones. Por otra parte examinando los materiales cerámicos procedentes de los poblados ibéricos catalanes se obtiene, por comparación con cerámicas del comercio ampuritano, una cronología relativa que puede llegar a encajarse bien en el siglo II y hasta en el III pero que es difícil subir más arriba. Elementos que pudieran darnos una mayor antigüedad son excepcionales aunque parece que en algún caso, como en el poblado de la Crehueta o en el de San Julián de Ramis por no citar más que dos ejemplos (29), fragmentos de figuras rojas, siempre esporádicos, abogan por una antigüedad mayor que podría remontarse a lo sumo al siglo IV, aunque estos argumentos no los consideramos demasiado contundentes y precisan una exacta reunión.

Es también notable el hecho de que en todos los poblados ibéricos en los que se efectúan excavaciones profundas y pongo por caso el poblado en curso de excavación por parte de D. L. Pericot en el Castell, Palamós, (30) aparece siempre en las capas más profundas o en el interior de viejos silos, cerámica de aspecto hallstático o sea barros negruzcos de pasta fina con la consabida decoración de acanalados. En el caso del citado poblado, los numerosos fragmentos que desgraciadamente no permiten la reconstrucción de ningún vaso presentan una perfección técnica notable y un brillo raramente logrado en las restantes cerámicas hallstáticas catalanas y que hasta cierto punto hace pensar en cerámicas nobles importadas, de factura italiana, dependientes del mundo bucheróide aunque podría atribuirse el caso de la excepcional conservación de la primitiva superficie de esta cerámica al hecho de yacer en el interior de silos cegados posteriormente y a la protección recibida por este relativo aislamiento. De todos modos debemos hacer constar que nada técnicamente parecido se

observa en las cerámicas del grupo de Agullana que si bien el aspecto de sus superficies puede ser debido al medio en que yacían, no así la calidad de las pastas que no pueden compararse en finura a la de los fragmentos del poblado del Castell. Es éste un hecho que merece una más detenida atención.

Pero el hallazgo de cerámica hallstätticas en las capas profundas de los poblados ibéricos no tiene nada de insólito si observamos lo que acontece en la propia Ampurias donde a los hallazgos antiguos de cerámicas de aspecto hallstättico se junta el descubrimiento realizado por M. Almagro de una verdadera necrópolis que puede perfectamente relacionarse con la fase II de Agullana y fecharse en el siglo VI por lo que debe creerse que corresponde a la población indígena que hallarían los griegos al establecerse en aquella costa.

También es un hecho interesante el estudio de la difusión del torno que aparece bien documentado en los poblados ibéricos a partir del siglo III y que podría ser algo más antiguo, aunque nunca desaparecieron las manufacturas a mano en particular para cerámica hogareña, pues al aparecer las primeras manufacturas cerámicas torneadas no poseían el grado de elasticidad suficiente para resistir la acción del fuego. Las primeras cerámicas a torno que aparecen en estos poblados aparte naturalmente de las cerámicas de importación extrapenínsular, responden o a cerámicas rojizas de aspecto «ibérico» o la cerámica gris mate conocida antes por cerámica de la costa catalana a la que llama M. Almagro cerámica gris ampuritana (51). Dejando aparte los problemas concretos que ofrece esta última, que aquí en su mayoría no nos afectan, vemos que aparece en Ampurias con una cronología que alcanza el siglo IV. De ello concluimos que las primeras cerámicas a torno en los poblados ibéricos catalanes responden a este siglo IV a lo sumo y suceden directamente a las manufacturas de tipo hallstättico propia de los grupos de Agullana. La concordancia de fechas confirma nuevamente la persistencia de estos grupos hasta el siglo IV.

También nos aclara este extremo la escasa o nula influencia irradiada desde Ampurias con anterioridad a este siglo IV siglo

en que dicha influencia comenzaría a intensificarse quizás más por mar que por tierra y por ello encontraremos mayor cantidad de elementos de origen mediato ampuritano en los poblados costeros cuyos moradores deberían hallarse largamente familiarizados con la visión a las naves griegas que recorrían asiduamente sus costas.

### *Conclusión*

De hecho tenemos pues y creemos establecido con suficiente solidez, que el panorama étnico de Cataluña en el siglo IV antes de nuestra era está constituido por dos elementos; uno, muy numeroso y de clara ascendencia europea que borra sin dejar gran rastro las poblaciones anteriores de ciertas regiones catalana y otro elemento menos claro, predominará en las zonas llanas de la Cataluña nueva, en las que junto a los elementos europeos de los campos de urnas existen y predominan los pobladores anteriores, de tradición levantina mestizados desde la edad del Bronce por elementos europeos. Se hace abstracción aquí de las zonas del N. O. de Cataluña donde tampoco para épocas posteriores tenemos otros datos que la nebulosa cita polibiana de Arenosios y Andosinos (32). El reconocimiento de este verdadero substrato de tipo levantino en parte por lo menos de Cataluña deberá ser examinado con toda atención pues tiene el máximo interés ya que es posible también reconocerlo en el S. E. de Francia a juzgar por algunos indicios que nos proponemos investigar. Quien sabe si en ella se hallará clave para explicarnos la paridad de reacción entre las poblaciones levantinas frente a la cultura clásica, que constituye el común denominador de lo que llamamos el mundo ibérico.

### NOTAS

(1) J. Maluquer de Motes. «Las culturas hallstáticas en Cataluña». Revista «Ampurias» VII-VIII, Barcelona 1945-6 pp. 115-185.

(2) En particular para P. Bosch Gimpera, cuyos primeros trabajos sobre estas cuestiones se hallarán en «Etnología de la Península ibérica», Barcelona 1932 y después han

sido ampliados en «Los celtas de la cultura de las urnas en España», Madrid 1936; «Two Celtic waves in Spain», Londres 1939; «La formación de los pueblos de España», México 1945.

(3) J. Maluquer de Motes, «La cerámica con asas de apéndice de botón y el final de la cultura megalítica del N. E. de España», Rev. «Ampurias» IV, 1942 p. 191.

(4) La primera síntesis importante sobre la cultura megalítica de Cataluña es de L. Pericot, «La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica», Barcelona 1925, que constituye la obra clásica y que debe completarse con la de J. Serra Vilaró «La civilització megalítica a Catalunya», Solsona, 1927. Los hallazgos posteriores de sepulcros megalíticos y cuestiones relacionadas con ellos aparecen reseñados en los Anuaris del Institut d'Estudis Catalans y desde 1939 en la Revista Ampurias.

(5) Las estaciones arqueológicas de Cataluña ofrecen un panorama desconsolador pues en su mayoría han sido objeto más de rebuscas desordenadas que de excavaciones metódicas y aun cuando éstas han sido practicadas se han realizado con una notable carencia de método que no ha permitido reconocer estratos diversos en yacimientos que algunas veces poseían una potencia arqueológica de más de dos metros. Cuando se ha podido observar alguna estratigrafía como en la cueva del Pany, por ejemplo, no se han levantado los planos y cortes necesarios para hacerla aprovechable o bien se han mezclado luego los materiales antes de haber sido etiquetados.

(6) J. Serra Vilaró, «De metalurgia prehistórica a Catalunya», Musaeum Archaeologicum Diocesanum, Solsona 1924.

(7) M. Almagro Basch, «Las invasiones célticas en España», Historia de España. Espasa Calpe dirigida por Menéndez Pidal, Ib. Madrid.

(8) Véase de P. Bosch Gimpera, «Etnología de la Península ibérica» citada y L. Pericot García, «Historia de España. Edad antigua». Instituto Gallach de Publicaciones, Barcelona 1942 segunda edic.

(9) L. Pericot, «La civilización megalítica...» citada.

(10) A. del Castillo, «La cultura del vaso campaniforme. Su origen y expansión por Europa» Barcelona 1928 y posteriormente del mismo «Cronología de la cultura del Vaso campaniforme en la Península Ibérica». Archivo Español de Arqueología» 1943, p. 388

(11) Punto de vista expresado por la famosa investigadora italiana P. Laviosa Zambotti repetidamente en sus síntesis de prehistoria general y en conferencia organizada por el Instituto di Studi Liguri en la reunión de Bordighera de 1948 en la que discutimos ampliamente dicho punto de vista.

(12) L. Pericot García, «Exploraciones dolménicas en el Ampurdan» Ampurias V 1945 pp. 135 y ss.

(13) J. Maluquer de Motes, «Observaciones sobre la cultura megalítica catalana», Revista Pirineos núm. VII 1938 p.

(14) J. Maluquer de Motes «La cerámica con asas de apéndice de botón»... citado.

(15) Publicado por L. Pericot, «Excavaciones en Serriñá» Estación de Estudios Pirenaicos, Zaragoza.

(16) Dechelette, «Manuel d'archéologie préhistorique» las consideraba como hallazgos de cerámica excisa de la cultura francesa de los túmulos, pero su análisis directo que efectuamos en el Museo de Nimes y su comparación con el vaso de Serriñá y los ejemplares italianos no nos dejan duda alguna de que se trata de cerámicas apeninicas que poseen en realidad la misma técnica de la excisión que luego alcanzara gran importancia en los Túmulos.

(17) Véase el mapa de distribución en el trabajo citado en la nota 3.

(18) En la conferencia pronunciada en el Curso Internacional de Prehistoria y Arqueología celebrado en Ampurias en verano de 1947 sobre la nueva visión de la cronología del Hallstatt occidental y que será publicada por la revista Ampurias en el próximo número correspondiente a este mismo año.

(19) Hallazgos inéditos efectuados recientemente por Salvador Vilaseca y que conocemos gracias a su reconocida amabilidad.

(20) Excavada por J. Colominas e inédita, sus materiales en curso de reconstrucción se hallan en el Museo Arqueológico de Barcelona.

(21) Salvador Vilaseca, «El poblado y necrópolis de Molá (Tarragona)», Madrid 1943.

(22) G. Courty et J. Gorneau, «Haches et bracelets de bronze de la Catalogne». Bull. Soc. Préh. Fr. 1920 p. 94-96.

(23) J. Serra Rafols, «Exploració arqueologica al Pallars», Butll. As. Cat. d'Etn. Antrop. i Pre. I, 1923 p.

(24) Hallazgo inédito cuyo conocimiento debemos a la amabilidad de J. Colominas Roca.

(25) Véanse los materiales procedentes de la Grotte de Saint Mamet, Haute Garonne en «Materiaux» 1876 p. 5 12 fig. 174-75 y los de los túmulos de Benqué, Haute Garonne en Materiaux 1876 p. 503:

(26) J. Maluquer de Motes, obra cit. nota 1.

(27) M. Almagro Basch, obra cit. nota 7.

(28) M. Louis, «La préhistoire dans le Gard» X. Congres Prehistorique de France. Nimes 1931 p. 97-98.

(29) F. Riuro, «El poblado de la Crehueta». Ampurias V, 1943 p. 117.

(30) No ha sido publicado aun en la Memoria de estas excavaciones pero sí una breve noticia por L. Pericot, «Las excavaciones del poblado ibérico del Castell, La Fosca Palamós», Ampurias VI, 1944.

(31) Pol, III, 25.



FD-47.15

